

Sábado

33ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 6,1-13

En aquellos días, ¹ el rey Antíoco recorría las regiones del norte, cuando se enteró de que Elimaida, en Persia, era una ciudad famosa por su riqueza en oro y plata ² y de que había en ella un templo riquísimo, con armaduras de oro, corazas y armas que había dejado Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, primer rey de los griegos. ³ Fue e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla, pero no pudo, porque los de la ciudad se enteraron de sus planes ⁴ y salieron contra él para atacarlo. Antíoco tuvo que huir, contrariado, para volver a Babilonia.

⁵ Estando en Persia, le llegó la noticia de las derrotas que habían sufrido los ejércitos enviados a Judea; ⁶ que Lisias, aunque había ido con un ejército poderosísimo, había sido puesto en fuga, y que los judíos se habían reforzado con las armas y el abundante botín tomado a los ejércitos vencidos; ⁷ que habían derribado el altar sacrílego levantado por él sobre el altar de los holocaustos que está en Jerusalén y habían rodeado el templo de altas murallas, igual que antes, así como la ciudad de Betsur, ciudad que pertenecía al rey. ⁸ Al oír esto, se aterró, se conmovió profundamente y cayó enfermo en cama con una gran depresión, porque las cosas no le habían salido como quería. ⁹ Así estuvo muchos días, profundamente deprimido. Dándose cuenta de que se iba a morir, ¹⁰ llamó a sus amigos y les dijo:

–El sueño ha huido de mis ojos y mi corazón desfallece de angustia. ¹¹ Me pregunto: ¿A qué estado de tribulación he llegado y en qué mar de tristeza me encuentro, yo, que era feliz y amado cuando era poderoso? ¹² Ahora me acuerdo de los males que hice en Jerusalén, de los objetos de plata y oro que robé y de los habitantes de Judea que exterminé sin motivo. ¹³ Por eso me han venido estas desgracias y me muero de tristeza en tierra extraña.

➡ El fragmento narra la derrota y la muerte de Antíoco IV, presentada, según el estilo del primer libro de los Macabeos, como manifestación del juicio divino. El comienzo (vv. 1ss) insiste en la codicia del rey, que intenta apoderarse de una rica ciudad, seguro de que se apropiará en seguida de ella, pero el v. 3 muestra de inmediato la inversión de la suerte de Antíoco: «*No pudo porque los de la ciudad se enteraron de sus planes*». Es una primera derrota (v. 4), a la que pronto siguen otras malas noticias: tras vencer a las tropas de Lisias en Judá (vv. 5ss), los israelitas han destruido los ídolos y fortificado el santuario (v. 7).

La derrota golpea al rey como una enfermedad (vv. 8ss): Antíoco es la personificación del mal, anulado por completo en su misma vida física cuando ya no consigue llevar a buen fin sus malvados proyectos. El rey, sintiéndose a punto de morir, toma conciencia del merecido castigo (vv. 10-13). No es un verdadero arrepentimiento el que muestra a sus amigos, sino más bien la resignación y el reconocimiento de que la desgracia que se abate sobre él es la justa consecuencia de la profanación cometida contra Israel: «*Por eso me han venido estas desgracias y me muero de tristeza en tierra extraña*» (v. 13).

Evangelio: Lucas 20,27-40

En aquel tiempo, ²⁷ se acercaron entonces unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

²⁸ –Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si el hermano de una muere dejando mujer sin hijos, su hermano debe casarse con la mujer para dar descendencia a su hermano.* ²⁹ Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin hijos. ³⁰ El segundo ³¹ y el tercero se casaron con la viuda, y así hasta los siete. Todos murieron sin dejar hijos. ³² Por fin murió también la mujer. ³³ Así pues, en la resurrección, ¿de quién de ellos será mujer? Porque los siete estuvieron casados con ella.

³⁴ Jesús les dijo:

–En la vida presente existe el matrimonio entre hombres y mujeres; ³⁵ pero los que logren alcanzar la vida futura, cuando los muertos resuciten, no se casarán, ³⁶ y es que ya no pueden morir, pues son como los ángeles, son hijos de Dios porque han resucitado. ³⁷ Y el mismo Moisés da a entender en el episodio de la zarza que los muertos resucitan, cuando llama al Señor *el Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob.* ³⁸ No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven por él.

³⁹ Entonces unos maestros de la Ley intervinieron diciendo:

–Maestro, has respondido muy bien.

⁴⁰ Y ya nadie se atrevía a preguntarle nada.

➔ Los saduceos que se acercan a Jesús para plantearle una pregunta tendenciosa eran uno de los grupos religiosos que existían en aquellos tiempos en Israel. Ligados a la clase sacerdotal y al culto del templo, y más tradicionalistas que los fariseos en el cumplimiento de la ley, los saduceos desaparecieron tras la destrucción del año 70 d. de C. Lucas observa que no creían en la resurrección (v. 27), una doctrina surgida hacía poco en la historia de Israel.

La pregunta (vv. 28-33) está planteada con el estilo típico de las disputas rabínicas, presentando un caso y pidiendo al *rabí*, aquí Jesús, que proponga la solución; se trata, claro está, de un caso límite, pensado a propósito para poner en dificultades a Jesús: ¿de quién será esposa la mujer que se ha casado con siete maridos?

Jesús, como suele hacer con frecuencia, responde trasladando el ámbito de la cuestión a otra dimensión,

la suya, la del Reino de los Cielos: después de la resurrección, las relaciones humanas ya no son comparables a las de esta vida (vv. 34-36). En la segunda parte de su respuesta (vv. 37ss) Jesús expone un argumento bíblico en favor de la resurrección, remitiendo de este modo a los saduceos a lo que ya deberían saber, si leyeran con espíritu puro las palabras de Moisés (*cf.* Ex 3,2-6): el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob no es un Dios de muertos, y esto significa que Abrahán, Isaac y Jacob viven en él. Ante la respuesta de Jesús, los que le habían interrogado enmudecen y ya no se atreven a dirigirle otras preguntas (vv. 39ss): una observación característica de Lucas.

MEDITATIO

La muerte es la línea divisoria que separa, sin posibilidad de confusión, lo verdadero de lo falso. Es el momento culminante de la vida, más importante que el mismo nacimiento, del que no éramos conscientes, crisol en el que se templan las decisiones fundamentales que determinan nuestro destino.

La vida de cada uno de nosotros dura lo necesario para prepararnos a morir, y el modo como lo hayamos hecho decidirá la calidad de la vida nueva que nos está preparada desde siempre.

La «novela» de los Macabeos lo muestra a su manera, con la tardía toma de conciencia de Antíoco IV: *«Por eso me han venido estas desgracias y me muero de tristeza en tierra extraña»*, reconocimiento de una justicia cruel, pero irreprochable. La palabra liberadora del Evangelio le ha quitado a la muerte su *«aguijón»* (*cf.* 1 Cor 15,55), restituyéndole su auténtica característica de paso de una vida imperfecta y precaria a la vida plena y eterna según el proyecto del Creador.

ORATIO

Señor, ayúdame a vivir esperándote.

Tengo miedo de la muerte, Señor. Tengo miedo de la muerte de los otros, de las personas queridas de las que no podré prescindir. Dame unos ojos puros para que sea capaz de ver más allá de las apariencias, más allá del «muro de sombra» que me separa de ti. Concédeme un corazón sencillo para que no sucumba ante las preguntas sin respuesta.

No busco, Señor, razonamientos profundos ni soluciones geniales. Pero tengo necesidad de encontrar un sentido a la vida y a la muerte, la tengo cada vez que la mirada de un hermano que sufre se cruza con la mía. Ayúdame a aceptar el silencio y la falta de respuestas. Ayúdame a creer que eres tú el Señor de la vida, aun cuando la vida sea una cosa frágil y se me escape de las manos.

CONTEMPLATIO

Oh Jerusalén celestial, casa luminosa y espléndida, amo desde siempre tu belleza y el lugar donde habita la gloria de mi Señor. Por ti suspira mi peregrinación. He ido errante como oveja perdida, pero sobre los hombros de mi pastor –de tu arquitecto– espero ser llevado de nuevo a ti. Jerusalén, morada eterna de Dios, que no se olvide de ti mi alma; sé tú mi alegría; que el dulce recuerdo de tu nombre dichoso me alivie de la tristeza y de lo que me oprime. No está, en efecto, aquí abajo nuestra ciudadanía estable: nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos al Señor Jesucristo, que transfigurará nuestro miserable cuerpo mortal para configurarlo con su cuerpo glorioso.

Jerusalén santa, te suplico por la caridad de la que eres madre que no te olvides nunca de la Iglesia que

anda todavía peregrina por la tierra. No te canses de rezar por esta parte de ti y sostenla con tu protección para que un día consiga unirse a ti para siempre.

Felices santos de Dios que ya habéis cruzado el mar turbulento de esta condición mortal y ya habéis llegado al puerto de la quietud infinita, de la seguridad y de la paz: vosotros, que ahora estáis seguros, tened cuidado de nosotros. Os lo suplico: acordaos de nosotros, miserables, sacudidos todavía en el mar de esta vida por las olas que se levantan a nuestro alrededor. Interceded y rogad por nosotros, y que en los brazos de vuestras oraciones podamos ser llevados también nosotros a nuestro Dios. Somos frágiles, hombres de nada, sin virtud. Lo sabéis bien. Nos sostiene en realidad el leño de la cruz, y en él tenemos la esperanza de realizar la travesía hasta el puerto. Que, por vuestros méritos y vuestras santas oraciones, se nos conceda llevar salva la nave e íntegra su carga hasta la entrada en el puerto tranquilo de la gloria eterna. Tú sobre todo, Reina del cielo y Señora de la tierra, siempre Virgen santísima, Madre de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, ora por nosotros e intercede asiduamente por tus hijos (Juan de Fécamp, *Confessione teologica*, Milán 1986).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven por él» (Lc 20,38).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Ante nosotros se impone esta alternativa: o persuadirnos de que, más allá del tiempo, no existe una eternidad que nos espera, y entonces este caminar nuestro sobre la tierra –más aún, este

correr nuestro— se quedaría sin meta y por consiguiente sin justificación y sentido, o convencernos de que, más allá del tiempo, hay para nosotros un atracadero, un destino de plenitud, una casa última y segura tras la continua mudanza del espíritu, y entonces sólo a la luz de la eternidad debemos valorar todos los actos y todos los acontecimientos.

Hay quien considera que el pensamiento de la vida eterna impide saborear plenamente las alegrías de la vida presente. La verdad es lo contrario: encuentro más gusto en vivir los días que me son dados aquí abajo cuando sé que tienen un sentido y un objetivo, cuando sé que no constituyen una carrera hacia la nada; vivo con mayor placer cuando estoy persuadido de que no vivo para nada.

Nunca ha estado el hombre sumergido como hoy en lo llamativo y en lo efímero, y nunca como hoy ha tenido necesidad de lo que es sustancioso y no perecedero. Se deja trastornar por ritmos y sonidos que le quitan la capacidad de reflexionar, se deja encaminar de una manera pasiva y estólida hacia la catástrofe de la muerte, y nunca como hoy ha sentido tantos deseos de vivir. Tiene necesidad de una vida verdadera, no de un frenesí que remedie sólo exteriormente la exuberancia del espíritu; tiene necesidad de una vida plena, no de sensaciones epidérmicas que proporcionan la ilusión de la satisfacción, mientras que el corazón permanece árido y la mente está desierta de toda verdad y toda certeza. La «vida eterna» —esa que ya puede ser nuestra desde ahora—, según nos ha dicho el Señor, es ésta: «Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a aquel que has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). No se trata de dos conocimientos: es el mismo e idéntico conocimiento que conduce, a quien ha descubierto de una manera existencial al Señor Jesús y se ha entregado a él, a la comunión de vida con el Creador de todo, principio y meta de toda aventura humana (G. Biffi, *La meraviglia dell'evento cristiano*, Casale Monf. 1996, pp. 436-438).